

pánico. En Estados Unidos, país de formidable riqueza, hay cifras fantásticas de desocupados. Las teorías sociales nuevas y la preocupación incesante de defender la estructura social del embate de las mareas, provoca también el pánico. ¡Sálvese quien pueda! parece ser una voz que se filtra por entre el tejido metálico de las maquinarias. El cáncer ha perturbado el equilibrio mundial. La amenaza de guerra en el extremo oriente, es un síntoma del estremecimiento que sobrecoge a la diplomacia europea, empeñada en evitarla. Así como la inquietud o la irritación del enfermo no proviene realmente del dolor agudo o fugitivo que atraviesa su organismo o del medio, más o menos deprimente en que se encuentra, sino del progreso del determinismo interno que lo arrastra lentamente a la disgregación final, del mismo modo, la ola del temor universal se debate convulsivamente contra el cáncer americano.

El diagnóstico de Aron y Dandieu, se presta a las más ardientes polémicas. Han estudiado la vida norteamericana en sus relaciones con la vida universal y de ese estudio se desprende un llamado optimista y fervoroso a las fuerzas del espíritu, sepultadas o en trance de serlo, por el artificio de la economía y del maquinismo.—D. M.

### LEYENDA

LEYENDAS DE GUATEMALA, por Miguel A. Asturias.

Miguel Angel Asturias era, hasta la publicación de *Las Leyen-*

*das de Guatemala* un escritor de avanzada y sus versos y sus relatos cortos revelaban una maestría técnica de la más pura esencia moderna.

Conozco algunos de sus relatos, casi siempre motivos fantásticos, superrealistas que recuerdan los de Bontompelli. Por ejemplo, «Rayito de Sol», publicado en 1930 en la revista mejicana «Contemporáneos».

Una vieja toma el sol en el umbral de la puerta. Cinematográficamente la vieja se cambia en redoma, en la redoma juguetea peces alocados y sus variadas evoluciones van tomando, poco a poco, la forma de una mujer de esbelta blancura. Es Rayito de Sol que acaba de nacer. Para amarla, don Yugo se torna cangrejo, pero al acercarse a Rayito de Sol se da cuenta que la mujer soñada es una ilusión y que no hay en la redoma sino pececillos juguetones que se persiguen y brillan, como ascuas, cuando el sol toca sus escamados cuerpecillos.

En prosa moderna, de cincelada transparencia, la leyenda romántica de Becquer «Un Rayo de Luna».

Manrique y don Yugo, representan, a través de un siglo, la misma fallida desilusión del amor y de la vida.

Nada tenía, como se ve, el arte de Asturias, de americano ni mucho menos de guatemalteco; pero la luminosa claridad del estilo, la gracia de las bellas palabras engarzadas con una pulcritud de orfebre, prepararon, seguramente esta prosa más concreta y realista de sus leyendas.

Como Alfonso Reyes, cuya «Visión de Anahuac» es una hermana azteca de esta evocación maya, como Guiraldes que se prepara para el «Segundo Sombra» mediante los malabarismos de «Cencerro de Cristal» o Eustacio Rivera en su «Tierra de Promisión» anticipa la fuerza épica de «La Vorágine», Asturias se ensayó en versos modernos y en fábulas superrealistas para la realización acabada de sus leyendas.

El autor dedica el libro a su madre, la que le contaba cuentos y la clave de esta sabrosidad evocadora, mezcla de recuerdo y de cosa vivida, está seguramente en esta eventualidad de la creación.

Son visiones de la infancia, idealizadas a través del tiempo. Han perdido, a fuerza de vivir en la imaginación, las aristas de lo real, pero conservan su autenticidad lejana de leyendas, su fisonomía de viejos cuentos que fueron hechos vividos.

La «Tatuana», «El Sombrerón», el «Cadejo» pasan con las oleadas de viento que agitan las selvas de la América Central y con ellas el Cuco de los años, duende que aterroriza y encanta a la vez el alma de los niños que no quieren dormirse.

Las aldeas mayas anteriores a la conquista, los pueblos trazados con la espada de los conquistadores, viejas y modernas costumbres se entremezclan y viven en el claro espejo de esta prosa impecable.

El «Maestro Almendro» que tiene una rosada barba auroral, árbol hecho hombre; el «Sombrerón», gnomo pícaro que toma la forma

de una pelotita juguetona y entra rodando por la ventana de una celda y va a turbar la vida de un monje muy santo y muy sabio.

El monje jugaba en los corredores con la pelotita, dice Asturias. Nubes, cielos, tamarindos. Ni un alma en la pereza del camino. De vez en cuando, el paso celeroso de una bandada de pericas dominigueras comiéndose el silencio. El día salía de las narices de los bueyes blancos, caliente, perfumado.

Y más adelante el «Cadejo» que roba las trenzas de las muchachas.

Un misterioso aroma panteísta se desprende de la prosa de Asturias. El poeta parece haber empapado sus palabras de capitosos del alma de la vasta selva, dorada por soles quemantes. Es algo cálido, sensual en su pureza y en su claridad armoniosa. No en balde dice el propio Asturias:

El trópico es el sexo de la tierra.

La naturaleza toma una animación extraña: los volcanes, los árboles, los animales, los pájaros adquieren una personalidad fantástica. Las viejas ruinas de las aldeas indias se llenan del tumulto de misteriosos ritos y los caseríos coloniales se acurrucan en torno de las primitivas torres de sus iglesias para librarse de este mundo de diablos y de fantasmas que viene de los más profundo del alma de América.

Max Daireaux, en su «Panorama de la literatura hispanoamericana», aconsejaba a los escritores del nuevo mundo la originalidad de

los temas literarios. Es esto lo que debe dar verdadero carácter a la creación artística de América. Daireaux tiene razón. Algo semejante hemos afirmado muchas veces; pero la originalidad del tema no puede conseguirse sin la observación directa de la vida que nos rodea, sin vivir esa vida. El escritor que ha logrado penetrar un ambiente conseguirá, al mismo tiempo, algo que Daireaux, no ha puntualizado, quizá por considerarlo inútil o imposible: el matiz americano de la técnica; el vigor épico de un tema tratado con la virginidad creadora del hombre de América, cuyos ojos tiene, según Keyserling, una luz que la civilización ha borrado de las pupilas europeas.

El europeo, sea el viajero occidental de la época colonial, como el que ha tratado de comprender a América, en tiempos posteriores, carece de ese dón creador, de esa calidad de vida que hará de su obra un libro europeo más, pero no un libro de América.

Así el Méjico de Lawrence, la América del Sur de Franck, la Argentina de Hudson. Obras artísticamente encomiables, pero en que lo americano es convencional y externo. La savia de la tierra no anima las descripciones. Son como los indios llevados por Colón a España, cuya vitalidad perdíase con los alimentos de Europa y con el aire áspero de la meseta castellana.

«La Vorágine» «Los de abajo», «Don Segundo Sombra». «Visión de Anahuac», «Leyendas de Guatemala», son, además, otra cosa que novelas americanas. Signifi-

can el despertar de la conciencia artística de América y paralelamente el despertar de una forma nueva. Esta perfección, despojada de la pompa y del énfasis tan comunes en la prosa peninsular, es una evolución del castellano, que corresponde a una raza, ya diferenciada de la española, con otros problemas y otro concepto de la vida.  
—Mariano Latorre.

### UNA REPLICA

Señor Director de la Revista ATENEA.—Presente.—Mi estimado amigo: Aunque sea muy enojoso tener que volver sobre lo que ya se ha escrito, debo hacerlo porque me obliga a ello una carta de don Francisco Contreras que publicó esa revista en su número 83, de Enero último. Es el caso que yo escribí un artículo en que daba cuenta de la aparición del libro del señor Contreras titulado *L'esprit de l'Amerique Espagnole*; como tengo la manía de hablar con franqueza, consigné algunos de los errores que observé en el libro, en la forma más cuerda y documentada que me fué posible. Pero esto no parece haber agradado al señor Contreras, el cual se lamenta, al fin de su carta, de gozar en su patria «de la más espléndida impopularidad». Son sus palabras. Yo no sé si mis artículos pueden probar la popularidad o impopularidad de cualquier autor. Lo que me interesa ahora es precisar otras cosas.

El señor Contreras dice: